

VISIÓN DE CONJUNTO DE LOS DOMINGOS DEL TIEMPO DE ADVIENTO

(Ciclo C, 2018)

Ildefonso Fernández Caballero

En el ciclo C las lecturas evangélicas se toman de San Lucas, al que el Dante llama “scriba mansuetudinis Christi”. Efectivamente, San Lucas se complace en destacar la misericordia de Jesús con los pecadores y referir escenas de perdón. Insiste en la ternura del Maestro con los humildes y los pobres. Aún en el caso de que hubiera lugar a condena en un juicio justo, ésta no vendrá sino después de pacientes plazos de misericordia.

La historia de Jesús empieza, para este evangelista, en el templo de Jerusalén, con la visión de Zacarías y el anuncio del nacimiento de Juan. El significado del nombre del Precursor indica que el Señor ha hecho una gran misericordia. Así lo proclama el cántico de Zacarías al Señor Dios de Israel “que ha hecho misericordia a nuestros padres”, “por las entrañas de misericordia de nuestro Dios”.

Por otra parte, en el relato de la infancia de Jesús en el Evangelio de Lucas, María es la protagonista, no José como en Mateo. La genealogía de Jesús, que en Mateo aparece en sentido descendente desde Abrahán hasta Cristo, en Lucas asciende desde Jesús hasta Adán y hasta Dios para significar la realidad de la naturaleza humana del Hijo de Dios, asumida en el seno de la Virgen Madre, y la universalidad de la misericordia de Dios en Cristo.

María proclama la grandeza del Señor porque su misericordia llega a sus fieles de generación en generación, y porque acogió a Israel su siervo acordándose de la misericordia -como había prometido a nuestros padres.

Estas características del Evangelio de la Infancia en San Lucas dan ocasión a tratar sobre misericordia en el Adviento de este Año Jubilar.

Más tarde, durante todo el año litúrgico habrá ocasión a subrayar cómo la historia entera de la salvación en Cristo es obra de la entrañable misericordia de nuestro Dios. El Evangelio de Lucas, que comienza en el templo de Jerusalén, tiene allí mismo su final cuando los apóstoles regresan a Jerusalén, después de la Ascensión, “y estaban siempre en el templo, bendiciendo a Dios”.

Las primeras lecturas, del Antiguo Testamento, tienen en las celebraciones del Adviento, como en los otros ciclos, carácter de profecías mesiánicas. En este ciclo C, no es Isaías, sino otros autores, los encargados de darnos su visión sobre el tiempo y la figura del Mesías.

Las segundas lecturas, tomadas de los escritos apostólicos, invitan a adoptar las actitudes cristianas que requiere el recuerdo de la venida del Señor en carne, de su

presencia entre nosotros, y de la vigilancia ante el día feliz de su retorno definitivo, comportándonos siempre misericordiosos como el Padre.

DOMINGO PRIMERO. Vigilante espera del Señor.

Primera lectura Jr 33, 14-16. Suscitaré a David un vástago legítimo.

En este breve texto de Jeremías, se contiene un alegre anuncio, un evangelio, de la realización de la promesa hecha a la casa de Israel y la casa de Judá: el advenimiento del futuro rey-hijo de David. El resultado de ese advenimiento será la administración del derecho y la justicia en beneficio de un pueblo que espera de Dios lo que no ha logrado obtener de sus dirigentes terrenos. La capital de Israel se alza como símbolo de una nueva situación: “en Jerusalén vivirán tranquilos y la llamarán así: Señor-nuestra justicia”. Desde esta primera lectura se puede adivinar una orientación importante en el tiempo de Adviento: la renovación de la Iglesia es señal y garantía de la presencia en ella de Jesús, el hijo de David, el Rey, y también un signo de esperanza para el mundo. “La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad” (Papa Francisco, *EG* 27).

Segunda lectura 1Tes 3, 12-4,2. Que el Señor os fortalezca interiormente.

Todo el esfuerzo de renovación de la vida del cristiano y de la Iglesia alcanza la plenitud de su sentido en el retorno del Señor. “Manteneos en pie ante el Hijo del hombre”, dice el evangelio. “Que cuando Jesús nuestro Señor vuelva acompañado de sus santos, os presentéis santos e irreprehensibles ante Dios nuestro Padre”, exhorta el Apóstol. Pero la sincera orientación hacia las últimas realidades hay que acreditarla en el presente: “El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la espera dichosa de su reino” (Prefacio III de Adviento).

“Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas «para que las disfrutemos» (*1 Tim* 6, 17), para que *todos* puedan disfrutarlas. De ahí que la conversión cristiana exija revisar «especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común»” (*EG* 182)

“Rebosar de amor mutuo y de amor a todos”: el encuentro personal con el Señor en el futuro estimula el interés, en el presente, por el prójimo, por la Iglesia y por el mundo entero.

«San Juan Pablo II motivaba con estas palabras la urgencia de anunciar y testimoniar la misericordia en el mundo contemporáneo: «Ella está dictada por el

amor al hombre, a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso. El misterio de Cristo ... me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el mismo misterio de Cristo. Ello me obliga también a recurrir a tal misericordia y a implorarla en esta difícil, crítica fase de la historia de la Iglesia y del mundo ».[10] Esta enseñanza es hoy más que nunca actual y merece ser retomada en este Año Santo. Acojamos nuevamente sus palabras: « La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia – el atributo más estupendo del Creador y del Redentor – y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora » (Papa Francisco, *Misericordiae Vultus* 11). .

Evangelio Lc 21, 25-28.34-36. Se acerca vuestra liberación.

Las catástrofes naturales son signos de la caducidad de este mundo que pasa, y las que provocan los hombres con su malicia exigen el juicio último y definitivo de Dios. Entre las catástrofes provocadas por el hombre están “los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo y en el agua, en el aire y en los seres vivientes...está nuestra oprimida y devastada tierra que «gime y sufre dolores de parto» (Rom 11, 22)” (Papa Francisco *Lodato si’* 2). Tanto el mundo como la historia caminan hacia su fin donde tendrá lugar la separación de buenos y malos, del trigo y cizaña.

El Padre ha dado al Hijo potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. (cf Jn 5, 26-30). La venida última del Señor es la culminación del tiempo intermedio en que ahora vivimos, tiempo de la Iglesia. Lo que en el mundo y en la historia son percibidos como hechos catastróficos se convierten, para el cristiano y para la Iglesia, en proximidad del cumplimiento de nuestra esperanza. En llamada a la responsabilidad de cuidar la “casa común” No podemos dejarnos embotar la mente “con el vicio, la bebida y la preocupación del dinero”.

La exhortación a la vigilancia ante la venida última del Señor es común en la lectura evangélica de todos los primeros domingos de Adviento. En San Lucas, los signos de la llegada del Hijo del Hombre aparecen como una invitación a “levantarse y alzar la cabeza porque se acerca vuestra liberación”.

El cristiano, pues, no debe vivir con excesiva preocupación por el futuro, sino más bien orientar su interés a mejorar el presente. En medio de los graves problemas de la vida personal o de la vida de la Iglesia, ha de mantener la fe y la confianza en Dios y en Jesucristo. Vigilar es tomar conciencia de que la fe crece y se desarrolla en el quehacer diario, porque hay que vivir “hoy” el futuro anunciado.

DOMINGO SEGUNDO. Preparar los caminos del Señor.

Primera lectura Bar 5, 1-9 Dios mostrará tu esplendor.

En el texto de Baruc, se encuentran expresiones semejantes a las de otros textos del Antiguo Testamento, e incluso de la literatura contemporánea del cercano oriente, con las que se describe el camino triunfal o cortejo religioso que se preparaba a los héroes victoriosos. Es el estilo literario que el autor sagrado elige para disponer al pueblo a una nueva llegada victoriosa del Dios de Israel, y para el esperado retorno de los exiliados a la tierra que tuvieron que abandonar sus antepasados. Dios viene, convoca al regreso, y lo dirige personalmente. La salvación que otorga a Israel es obra de su misericordia. La desgracia se cambiará en manifestación de gloria, el luto en fiesta. Hay que disponerse para lo que Dios va a hacer. Para ello, es necesario abandonar el estado de apatía y de postración y acoger con alegría el retorno de los desterrados. La capital de Israel recibe un nuevo nombre: será la ciudad donde, por su especial relación con Dios, rebose la paz, fruto de la justicia, y donde se manifieste al mundo la gloria divina. Jerusalén es nuevamente alhajada, como novia radiante, para los desposorios con su marido, y para la acogida de sus hijos, que vienen de oriente y de occidente.

En el texto profético, es innegable la alusión a los tiempos últimos y definitivos, para los cuales cada uno de nosotros debe prepararse y disponerse personalmente. Pero también puede entenderse esta lectura como una llamada a la renovación comunitaria de la Iglesia para la salvación del mundo. En este tiempo de Adviento “La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo” (EG 24).

Segunda lectura Flp 1, 4-6. 8-11 Que lleguéis al día de Cristo limpios e irreprochables.

La espera del “día de Cristo” era muy viva en las primeras comunidades cristianas. Sin embargo, esta espera no aminoraba sino que era un estímulo para el compromiso de los creyentes con el momento presente. Es en este tiempo cuando el cristiano tiene la oportunidad de crecer, mientras espera la gloriosa venida del Señor y Salvador Jesucristo.

El progreso en la vida cristiana es el tema dominante en el comienzo de la carta a los cristianos de Filipos. Dios mismo hace posible el crecimiento y lo llevará a buen término: crecimiento en el *amor*, que es inseparable de crecer en el *conocimiento* y en la sensibilidad para discernir y cultivar los valores que están en conformidad con el Evangelio.

Para llevar el Evangelio a la sociedad actual, sometida al influjo de fuertes cambios sociales y culturales los cristianos y sus comunidades están especialmente llamados en este Adviento del Año jubilar de la misericordia a crecer en la misma fe, en el amor y en el discernimiento, “a gloria y alabanza de Dios”.

Evangelio Lc 3, 1-6 Todos verán la salvación de Dios.

La presentación de la figura del Bautista tiene características propias en el evangelio de Lucas. Inicia la misión de Juan situándola en la historia general del mundo pagano y en la particular del pueblo de Israel, mostrándonos así que la salvación de Dios no es utópica e intemporal, sino que, insertándose en una geografía y una historia muy concretas, alcanza al mundo y a todos los hombres: “Y todos verán la salvación de Dios”.

Juan viene a preparar el camino del Señor, según lo anunciado por Isaías. A diferencia de Mateo y Marcos, el evangelista san Lucas incluye este versículo del profeta donde se subraya especialmente el alcance universal de la salvación.

La Iglesia de hoy es heredera del mandato de preparar el camino al Señor, que asume “formas y modalidades siempre nuevas según los lugares, las situaciones y los momentos históricos. En nuestros días el anuncio del Evangelio se muestra mucho más complejo que en el pasado, pero la tarea confiada a la Iglesia permanece idéntica a aquella de sus comienzos” (cf Instr. Laboris, Sínodo 2012, n. 41).

En este año jubilar estamos también conmemorando el quincuagésimo de la clausura del Concilio Vaticano II, que nos dejó orientaciones para transmitir la fe cristiana al mundo de hoy. Para preparar los caminos del Señor en una nueva evangelización debemos continuar la puesta en práctica de las orientaciones del Concilio y renovar en nosotros los sentimientos que expresaron, en aquella ocasión, los padres conciliares : “Reunidos de todas las naciones que alumbra el sol, llevamos en nuestros corazones las ansias de todos los pueblos confiados a nosotros, las angustias del cuerpo y del alma, los sufrimientos, los deseos, las esperanzas. Ponemos insistentemente nuestra atención sobre todas las angustias que afligen a los hombres. Ante todo debe volar nuestra alma hacia los más humildes, los más pobres, los más débiles, e, imitando a Cristo, hemos de compadecernos de las turbas, oprimidos por el hambre, por la miseria, por la ignorancia, poniendo constantemente ante nuestros ojos a quienes, por falta de los medios necesarios, no han alcanzado todavía una condición digna del hombre” (*Mensaje a todos los hombres*, n. 9; 21/10/1962).

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

“El Año Santo se abrirá el 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción. Esta fiesta litúrgica indica el modo de obrar de Dios desde los albores de nuestra historia. Después del pecado de Adán y Eva, Dios no quiso dejar la humanidad en soledad y a merced del mal. Por esto pensó y quiso a María santa e inmaculada en el amor (cfr *Ef* 1,4), para que fuese la Madre del Redentor del hombre. Ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón. La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona. En la fiesta de la Inmaculada Concepción tendré la alegría de abrir la Puerta Santa. En esta ocasión será una *Puerta de la Misericordia*, a través de la cual cualquiera que entrará podrá experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza” (*Misericordiae vultus*, 3).

”He escogido la fecha del 8 de diciembre por su gran significado en la historia reciente de la Iglesia. En efecto, abriré la Puerta Santa en el quincuagésimo aniversario de la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II. La Iglesia siente la necesidad de mantener vivo este evento. Para ella iniciaba un nuevo periodo de su historia. Los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de siempre. Un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe. La Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre” (Misericordiae vultus, 4).

Primera lectura, Gen 3, 9-15.20. Establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer.

“Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama (Gn 3,9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf Gn 3, 15). Este pasaje del Génesis ha sido llamado “Protoevangelio”, por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de ésta”. (CIC, 410). En las palabras del Génesis, la interpretación judía, a la que sigue la cristiana, vio una profecía mesiánica: Dios anuncia un “evangelio”, una buena noticia: que un hijo de la mujer, el Mesías, acabará con las consecuencias del pecado (cf Ap 12, 1-7).

En toda la actividad evangelizadora de la Iglesia, “María recuerda que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20), como escribe el apóstol san Pablo. Ella es la Madre Inmaculada que repite también a los hombre de nuestro tiempo: no tengáis miedo, Jesús ha vencido el mal; lo ha vencido de raíz, librándonos de su dominio” (Benedicto XVI, Discurso en el homenaje a la Inmaculada en la Plaza de España en Roma, 8/12/2009).

Segunda lectura, Ef 1, 3-6. 11-12. Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo.

Esta lectura apostólica tiene dos partes: en la primera, San Pablo eleva su plegaria de bendición porque el proyecto de Dios ha comenzado a realizarse por medio de Cristo. En su persona hemos sido enriquecidos con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Es el Mesías, el Liberador. Jesús mismo es el Evangelio de Dios.

El objetivo de esa buena noticia es lograr que la humanidad entera llegue a reconciliarse entre sí y con Dios. Jesús es el primero y el más grande evangelizador.

Él se ha presentado como enviado a proclamar el cumplimiento del Evangelio de Dios, preanunciado en la historia de Israel.

En la segunda parte, el Apóstol bendice a Dios porque con Cristo hemos heredado también nosotros. Hemos sido elegidos en la persona de Cristo a participar de su filiación divina, de su santidad por el amor, y también de su misión. La evangelización ha venido a ser el instrumento providencial que lleva a todas las gentes el misterio de Cristo para alabanza de su gloria. Pablo, convertido en apóstol de Cristo, se ha entregado a la predicación del Evangelio en cuerpo y alma.

María, por su especial participación con Cristo en el designio de Dios, llena de gracia desde el primer instante de su ser natural, se encuentra en todos los caminos por donde se transmite el Evangelio al mundo. Ella es la garantía de que otro mundo, libre de la corrupción, del odio y de toda forma de mal, es posible con la gracia de Dios.

Evangelio Lc 1, 26-38. Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.

“Evangelizar, dice el papa Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n.18, significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: «He aquí que hago nuevas todas las cosas». Pero la verdad es que no hay *humanidad nueva* si no hay en primer lugar *hombres nuevos*”.

María, es la imagen de la humanidad nueva, de la humanidad que acoge el Evangelio. En el contexto litúrgico de la fiesta de la Inmaculada, destacan en el relato evangélico dos expresiones del saludo del ángel a María: “llena de gracia” y “el Señor está contigo”. La primera es un reconocimiento, por parte del ángel, de que “*la agraciada*”, a quien saluda, es la criatura humana redimida por Dios de modo radical y perfecto. Su Inmaculada Concepción no es fruto del esfuerzo humano, sino que es obra de la gracia del Redentor. Así, en ella tenemos una imagen, un modelo y una garantía de que la humanidad nueva no es una utopía imposible, sino una realidad alcanzable por la misma gracia que preservó a María de la corrupción del pecado, y que se nos ofrece a todos en Cristo Redentor. La segunda expresión del Ángel, dirigida a María, le asegura que “el Señor está contigo”; esta seguridad constituye la promesa de que, en la realización del designio de salvación en Cristo, se excluye definitivamente toda base a aquella duda que angustiaba al pueblo de Israel en el desierto, preguntándose si estaba Dios con ellos o no (Ex 17, 7). María, modelo de creyente e imagen de la Iglesia, desde el primer instante de su ser estaba en disposición de acoger y hacer vida toda palabra salida de la boca de Dios.

DOMINGO TERCERO. Los tiempos mesiánicos.

Primera lectura Sof 3, 14-18a El Señor se alegra con júbilo en ti.

Este texto del profeta Sofonías sirve en la liturgia de hoy como introducción al evangelio, donde se recoge la salutación del ángel a María.

Jerusalén, María y la Iglesia se contemplan en la perspectiva de la alegría causada por la presencia del Señor. El núcleo de la predicación de Sofonías se centra en el anuncio de un juicio que Dios hará a todas las naciones, a Israel y, en especial, a Jerusalén su capital. El juicio será condenatorio para los que practican la injusticia, la idolatría, la indiferencia religiosa. Sin embargo, un resto fiel y justo tendrá una existencia en paz y seguridad bajo la protección del Señor. Así el juicio, mas que condenatorio, es una nueva oportunidad de conversión, misericordia y salvación. El pueblo no debe temer porque su Señor se hace presente. Jerusalén, apartado el miedo que la embarga, debe fortalecer su fe. Las imágenes alentadoras son desbordantes: el Señor actúa como un guerrero, pero, a la vez, comunica amor y, con el amor, gozo, alegría y júbilo, compartidos como en día de fiesta.

La alegría debe ser el estado de ánimo de los que preparan la venida del Señor. “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son librados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG 1).

Segunda lectura Flp 4, 4-7 El Señor está cerca.

San Pablo termina su carta a los cristianos de Filipos evocando la próxima venida del Señor. Los cristianos de todos los tiempos vivimos en adviento, es decir, aguardando la gloriosa venida del Salvador. Hasta trece veces se repite la palabra alegría en ésta que es una de sus cartas más breves, escrita por el Apóstol en las duras condiciones de la cárcel de Éfeso, y afrontando la posibilidad de ser condenado a muerte. En toda circunstancia el estado de ánimo del cristiano debe ser la alegría. Por difíciles que sean los tiempos, no debemos dejarnos llevar por la angustia, sino presentar nuestras oraciones a Dios con confianza.

En toda la carta hay un centro de interés común a Pablo, a los filipenses y a toda la Iglesia cristiana de ayer y de hoy: el evangelio. Acoger el evangelio, anunciar el evangelio, ser testigos del evangelio de Jesús; que la buena noticia de Jesús penetre en el corazón de la sociedad pagana y la convierta en una sociedad cristiana, aunque haya que recorrer el sendero del sufrimiento.

El Apóstol termina asegurando a los miembros de aquella comunidad de evangelizadores: “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

“La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. *Jn* 16, 22). Los males de nuestro mundo – y los de la Iglesia – no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer” (EG 84).

Evangelio Lc 3, 10-18 ¿Qué hacemos nosotros?

La propuesta de Juan Bautista continúa siendo válida para tratar de solucionar los males que aquejan a nuestra sociedad: contra la insolidaridad, origen de toda desigualdad injusta, es necesario compartir (consejo a las multitudes, v. 11); contra la explotación, que engendra el odio, se propone el hambre y sed de la justicia (consejo a los recaudadores, v. 13); contra el uso de la violencia se propone evitar la injusticia que proviene de la insaciable ambición de poseer y dominar (consejo a los soldados paganos v. 14).

Sin embargo, Juan es consciente de la necesidad de que su propuesta sea completada y superada por el que viene, “que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias”. El que viene no sólo proclama la ley, sino que “es mas fuerte que yo”, y puede dar la gracia para cumplirla. Trae un bautismo mejor, que no consiste sólo en limpiar con agua, sino en la renovación interior de la persona con la fuerza del Espíritu. Juan proclama la inminencia del juicio de Dios, mientras el que viene ha sido constituido por Dios juez de los últimos tiempos. La fe cristiana no es sólo un conjunto de normas morales, es un encuentro real, una relación personal con Jesucristo.

A pesar del tono amenazador de algunas imágenes de la predicación de Juan Bautista, se dice finalmente que su tema central es el anuncio de una Buena Noticia. Su mensaje prepara el tiempo nuevo que se inicia con la predicación de Jesús. Jesús anuncia una salvación que, aunque se manifieste a través de acciones concretas de transformación social y cultural, concede a cada hombre la experiencia de sentirse amado por Dios y de reconocerle como un Padre amoroso y pleno de compasión y misericordia.

DOMINGO CUARTO: Los anuncios de la venida del Mesías.

Primera lectura Miq 5, 1-4a De ti saldrá el jefe de Israel.

El campesino Miqueas visita la ciudad de Jerusalén. Se siente impresionado por las injusticias de los poderosos, la complicidad de los jueces, el engaño de los profetas que han convertido su misión en una profesión engañosa, la falsa piedad que encubre la injusticia y se convierte en un intento de coartada para escapar del juicio de Dios. El profeta Miqueas intuye la inminente invasión de los asirios y la interpreta anticipadamente como resultado de la falta de fidelidad de Israel a la alianza con su Dios.

¿Queda lugar, pues, a la esperanza? La amenaza del castigo puede dar lugar a la conversión. La humillación del rey y de su pueblo no será definitiva. La esperanza se funda en que el Señor suscitará un nuevo rey mesiánico: tendrá humilde origen (Belén, el asentamiento del más pequeño de los clanes de Judá); entronque dinástico con David, que es imagen ideal de los reyes de Israel (orígenes antiguos, días de antaño); pastoreará *con la fuerza del Señor* y en su nombre; instaurará un período de reconciliación (reunión de los dispersos), de prosperidad (vida segura y tranquila), de

paz. (él mismo será la paz), y de libertad (él será quien nos libre de las amenazas que nos cercan).

El evangelista san Mateo ve explícitamente cumplida esta profecía en el nacimiento de Jesús. En San Lucas, también la profecía de Miqueas se transluce en el nacimiento de Jesús en Belén, el anuncio del ángel a los pastores, y en las escenas centrales de todo el evangelio de la infancia. La localización de este evangelio de la infancia en Belén da a entender que la salvación, la reconciliación, la prosperidad, la libertad y la paz que Dios ofrece a los hombres no es solamente para los «de Jerusalén», sino para todos los que aceptan en la fe a Aquel que ha nacido «en Belén».

“La misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón” (Misericordiae vultus 6).

Segunda lectura Heb 10, 5-10 Aquí estoy para hacer tu voluntad.

La próxima celebración de la navidad no debería quedarse en la alegría por el recuerdo del nacimiento de Jesús. Cuando, según es nuestra costumbre, nos deseamos estos días felices pascuas, la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios se perciben en su inseparable identidad con el misterio de su muerte, resurrección y donación del Espíritu, es decir, con todo el contenido del misterio de la Pascua. El evangelio de la infancia es un resumen anticipado de la totalidad del Evangelio.

El autor de la carta a los Hebreos pone aquí de relieve que la existencia humana de Jesús se concentra, desde el primer instante, en una donación de sí mismo en obediencia al Padre, que culminará en la cruz para salvación de todos. “Cuando Cristo entró en el mundo dijo: Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo”. Ese cuerpo de Jesús, el Mesías, nos recuerda tanto la expresión navideña de “la Palabra hecha carne”, como la expresión pascual de “cuerpo entregado por vosotros”.

“Todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre”. La celebración de la Eucaristía es actualización sacramental de esa oblación. Después de la consagración eucarística, el sacerdote invita a aclamar el cuerpo y la sangre de Cristo, presentes en el altar. Puede hacerlo usando esta fórmula: “Cristo se entregó por nosotros”. Y los fieles responden: “Por tu cruz y resurrección nos has salvado, Señor”

Acercándonos a la fiesta de Navidad, “con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud. « Dios es amor » (1 Jn 4,8.16), afirma por la primera y única vez en toda la

Sagrada Escritura el evangelista Juan. Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión” (Misericordiae vultus 8).

Evangelio Lc 1, 39-45 ; Dichosa tú, que has creído!

La presencia santificadora de Jesús en casa de Juan a través de María es como el cumplimiento del cántico de Zacarías: “El Señor ha visitado y redimido a su pueblo”.

En el cuarto y último domingo del Adviento, en el evangelio “El pensamiento se dirige ahora a la Madre de la Misericordia. La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios. Ninguno como María ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor.

Elegida para ser la Madre del Hijo de Dios, María estuvo preparada desde siempre por el amor del Padre para ser *Arca de la Alianza* entre Dios y los hombres. Custodió en su corazón la divina misericordia en perfecta sintonía con su Hijo Jesús. Su canto de alabanza, en el umbral de la casa de Isabel, estuvo dedicado a la misericordia que se extiende « de generación en generación » (Lc 1,50). También nosotros estábamos presentes en aquellas palabras proféticas de la Virgen María. Esto nos servirá de consolación y de apoyo mientras atravesaremos la Puerta Santa para experimentar los frutos de la misericordia divina” (Misericordiae vultus 24).

*Tú, llena de la presencia de Cristo,
llevaste la alegría a Juan el Bautista,
haciéndolo exultar en el seno de su madre.
Tú, estremecida de gozo,
cantaste las maravillas del Señor...
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,*

*para que la alegría del evangelio llegue hasta los confines de la tierra,
y ninguna periferia se prive de su luz (EG 288).*